

CAPITULO 1.

Asignase con probabilidad la época del portento de Ocotlan. Pruébese la fundada tradicion, que moralmente convence su verdad, y se desbanecen objeciones impertinentes.

Es un hecho constante en las historias, que el año de mil quinientos cuarenta y uno hubo una devoradora peste en todo el reino, en que perecieron mas de ochocientos mil de sus habitantes conocidos, catequizados y admitidos á la religion católica, segun la cuenta que se llevó por los padrones (1), ¿Y en qué tiempo podemos prudentemente conjeturar, haber acaecido el portento de Ocotlan mejor que en este; ya por los benéficos designios de María Santísima con respecto á la Provincia de Tlaxcala; ya por la confabulacion, que se asegura, haber tenido con Juan Diego en su primera aparicion, versada sobre mejorar la Santísima Señora en su agua santa, la que el Neófito llevaba del rio de Sahuapam para medicinar á sus parientes y vecinos.

Nada hay que admirar en la bondad de la Vfr, gen María cuando inseparables sus intereses de los de Jesus, su amantísimo Hijo, no podia menos que ver con predileccion una Provincia, cuya docilidad para recibir la luz del Evangelio, aprestó sus armas y parecia en socorro de los conquistadores; cuando aun no descubrian otras intenciones, sino estender la religion cristiana y hacer

verdaderamente felices á los habitantes de este nuevo mundo. Asi es, que si Dios nuestro Señor previno y dispuso á esta novísimá Provincia muy de antemano, dándole aun en tiempo de su barbarie un signo de alianza en una milagrosa cruz, aparecida en ella con todos los aparatos de sobre natural, no menos por la nube que le servia de pavellon que por los resplandentes rayos que la circundaban; (2) tambien la Madre de este Dios quiso enriquecerla con su Soberana Imágen, y substituirse á un idolo que se adoraba en aquellas inmediaciones.

Al mayor y mas fundado colorido, que da á la conjetura la circunstancia de poder estimarse esta aparicion de Ocotlan, como premio de los tlaxcaltecas, podia agregarse por comparacion para confundir la incredulidad; el portentoso caso de nuestra Señora de la Antigua, sucedido en Granada. Empeñados los moros en quitarse de la vista á la gran Madre de Dios, pintada en una pared antigua, determinan en sacar de cienientos otra nueva, que tapando á la Santa Imágen, sirviese al mismo tiempo de muralla, en lo que se deja entender que seria muy robustecida. ¿Y que sucedió? Lo que hasta el dia vé con pavor la verdadera pielad: que por su propia virtud se hubiese trasladado aquella admirable pintura de la pared vieja á la nueva, y que se frustrara el bárbaro designio de los moros. Pues si tal es la conducta de María esperanza aun de los desesperados, con

aquellos quienes querian por odio quitársela de la vista, ¿cuál debió ser en Tlaxcala con sus naturales cuando los religiosos franciscanos no se cansaban de admirar la devocion y cultos que comenzaron luego á tributar estos, á nuestra Señora la Virgen María en su Imágen de la Asuncion, bajo cuyo título y patronato se erigió el primer convento, como lo está igualmente el que hoy subsiste?

Es verdad que de esta aparicion de Ocotlan, no tenemos hoy un testimonio auténtico y coetáneo. ¿Mas quienes podian habérmolo dejado en tiempos tan difíciles, y de tanta ignorancia? No se diga que los conquistadores: porque estos ocupados en sus propios intereses ó en estender su dominacion á otras provincias solo entendian en sus progresos y si alguno ó algunos quedaban en estos países conquistados, apenas les alcanzaba el tiempo para dirigirse y establecer su nuevo gobierno, con relacion á las observaciones que hacian de los patricios. De estos miserables naturales, ni se hable para suponerlos en capacidad de escribir historias; porque los mas despiertos, destinados á acompañar á los conquistadores en sus nuevas empresas de los que muchos se quedaron en el establecimiento de nuevas colonias tlaxcaltecas [3] [como lo son de ellas los tlaxcaliñas en las inmediaciones de Valladolid, Zacatecas y Guadalajara,] ó no volvieron á su país ó si volvieron algunos, fué despues de mucho tiempo, y

tal vez destinados á asuntos militares, ó de gobiernos: á mas de que ni estos ni los que quedaron en esta Provincia, consignados desde luego á la última y mas humilde servidumbre, sabian el arte de escribir. Nos restan otros que pudiesen habernos dejado algunas noticias, que los religiosos franciscanos encargados de las doctrinas de toda la Provincia. Sabemos por nuestras crónicas, que estos eran muy pocos, y todas las historias de aquellos tiempos nos aseguran de la grande poblacion de Tlaxcala, sin que pueda dudarse que tan copiosa mies demandaba por su fatal incultura un infatigable celo que comenzase sus tareas por desarraigar preocupaciones del gentilismo; lo que ya suponía haberse convenido en idioma por una y otra parte á costa de mil fatigas y paciencias: que despues de versarse en instruir, catequizar y enseñar una religion del todo opuesta á la que antes se profesaba en el pais, y que por fin se ocupase en conferir el sagrado bautismo y á consecuencia los demas Sacramentos. Vease ahora si era fácil que los religiosos ocupados en estos santos misterios y asuntos de su primera importancia y necesidad pedrian distraerse en otros, como este, que aunque por si era piadosísimo, no tocaba en la esfera de necesario? Yo concibo, no sin fundamento, sin embargo de todo lo dicho, que ó los padres se fiaron en los muchos testigos del portentoso de Ocotlan para no haberlo escrito, ciertos de que es un depósito sagrado de los he-

chos la tradicion de los pueblos, ó que por lo menos dejaron algunos apuntes que sirvieron de apoyo á la historia en idioma mexicano, de que hace mencion, como despues diré, el Sr. Lic. D. Manuel de los Santos Salazar, cura de Santa Cruz Tlaxcala, y el R. P. Fr. Miguel Zaragoza y Vallavicencio, religioso dominico, á no ser que toda esta historia de muy mala letra y en idioma mexicano, hubiese sido produccion de los primeros padres en la época misma de la aparicion.

Mas no habiendo sido bastantes las esquisitas diligencias del Sr. Lic. D. Manuel Loizagas ni otras muchas posteriormente practicadas para rastrear esta obra, de que no queda duda haberla habido, y cuya fecha conferida con el tiempo de la aparicion nos aseguraría de su verdad, bien podemos sin embargo, oponer el argumento negativo que resulta de no encontrarse tan valedero en el concepto de los deprimidores de las glorias marianas en nuestra América, y con que quieren poner en problema este y otros prodigios obrados por Dios nuestro Señor, en singular beneficio de nuestra nacion; bien podemos, repito, oponer el positivo de la tradicion inmemorial, comun y generalizada á todo género de personas, constante y no interrumpida, y sobre todo invariable, (4) en que se comprende el portentoso de María Santísima de Ocotlan, transmitido de padres á hijos, y de viejos á mozos, por el dilatado espacio de doscientos ochenta y dos años consecutivos, y sin

interrupcion alguna que le haya variado en alguna ó algunas de sus circunstancias.

Son unos argumentos de esta tradicion algunas pinturas muy antiguas, y debieron copiarse de otras de mayor antigüedad, y acaso es as de las primeras representativas de la aparicion y sus circunstancias, lo son igualmente y de mucha consideracion la suntuosidad de su Santuario en todas materias, el acopio de halajas que de tiempo inmemorial se han ido sucesivamente cediendo al adorno de la Santísima Imágen: lo que realmente convence los créditos antiquísimos del prodigio, pues solo un objeto de la magnitud y tamaño de la aparicion que deseamos convencer, pudo haber abierto las bolsas de los bienhechores y movido su generosidad para erogar tan crecidos gastos. No lo son menos las frecuentes romerías, principalmente de los naturales que no solo de las cortas distancias de la provincia, sino de otras mayores, se emprenden en memoria de este beneficio, principio ú origen de otros muchos, especialmente en materia de restablecimiento de salud.

CAPITULO II.

Se refiere lo que ha conservado la tradicion hasta los tiempos presentes con respecto á la aparicion de nuestra Señora de Coailan.

Aun se conservan hoy las ruinas del primer convento que fundaron los religiosos francisca-



nos, en la antigua ciudad de Tlaxcala, las que todavia merecen alguna consideracion á los naturales y podrá hallar la curiosidad menos activa en las alturas de los cerros que circundan la ciudad nueva, ó de mas reciente fundación, al rumbo del Nordeste. Este parage está hoy comprendido en los términos de San Nicolás Panotla por estar á la otra parte del rio de Zahuapam y es en un punto desde donde tirando una línea al pueblo de Santa Isabel Xiloxuchutla, segun Torquemada, Xiloxostla, vendria á descubrirse muy á la inmediacion del Santuario que es hoy de nuestra Señora de Ocotlan, y que fué antes capilla del glorioso mártir San Lorenzo. Servia en este convento á los religiosos un indio llamado Juan Diego, originario y vecino de dicho pueblo. La necesaria dependencia que este hijo tenia con su casa y familia, obligaba á no impedirle que fuese con frecuencia á ella, principalmente en la circunstancia de hallarse apestado su pueblo, como lo estaba todo el reino del contagio de viruelas, que con el mal de Holanda ó escorbuto y galico, habian traído los españoles de la Península, Debia nuestro Juan Diego pasar indispensablemente por dentro del mencionado rio de Zahuapam, y con esto llevaba á los suyos tocados del mal, agua del mismo, como una específica medicina para los granos, [que esto es lo significado por Zahuatl] creído de que las viruelas, desconocidas aquí hasta entonces, no eran

sino granos, aunque de una malignidad y contagio jamas observado.

Cuando atravesaba la loma de dos que median entre el lugar de donde salia y su pueblo, cargado con un cántaro de su existimada medicina, fué el prodigioso caso de salirle al encuentro, muy cerca de una barranca la Santísima Virgen Madre verdadera de Dios, quien con ademan de propia suya, le habló en estos términos: *Dios te salve hijo mio, ¿á donde vas?* El humilde Neófito, sorprendido de tanta dulzura, tanta grandeza y dignacion de la Señora, apenas podia resolverse á levantar los ojos y fijarlos en una belleza que le era absolutamente desconocida, hasta que desembarazado un tanto y ayudado de la misma reina, manantial inagotable de gracias, respondió: "Que llevaba agua del rio para sus enfermos que morian sin remedio" Pagada la Señora de la humildad de Juan Diego, le guia por si mismo á la barranca mencionada diciendole entre tanto: *Ven tras de mí, te daré otra mejor agua con que se extinga ese contagio y sanen, no solo tus parientes, sino cuantos bebieren de ella; porque mi corazon siempre á favorecer desvalidos, ya no sufre ver tantas desdichas sin remediarlas*" la fé de nuestro Juan es tal, que no le deja lugar para meterse en averiguaciones, ni para estrañar una fuente ó manantial que jamas habia visto por aquellos lugares inmediatos, tan frecuentados por él en sus continuos tránsitos. Atraído pues con un ma-

yor impulso, que lo es el acero del imán, va en persecucion de aquella divina antorcha como la mariposa; pero con la notable diferencia de que si ella parece en el propio término de sus conatos, él se aproxima á una luz que alimentada por la caridad, va á producir toda su dicha y difundirse á cuantos con iguales disposiciones de respeto, veneracion, amor y confianza venturosamente se abandonan en la proteccion de María.

En efecto, santificar la Señora con sus sagradas plantas aquella barranca y producirse algun manantial de agua santa y deliciosa, todo fué obra de un momento. "Tomad, les dice la benéfica bienhechora, tomad de esta agua cuánta quieras con el seguro que al contacto de la mas mínima gota, sentirán los enfermos no solo alivio, sino perfecta sanidad. Avisa á los religiosos continúa la Señora, de mi parte, que en este sitio hallarán un retrato ó imágen mia, no solo que representen mis perfecciones, sino por el que prodigare mis piedades y clemencia: el que hallado, quiero que se coloque en la capilla de S. Lorenzo."

Juan Diego conformándose al primer mandato de María Santísima derrama la agua de Zahuá-pam, toma en su cántaro de aquella nueva y salutaria piscina, siempre en movimientos para obrar milagrosas curaciones; llévala á su pueblo, ministrála á los necesitados, y luego al punto se palparon los admirables efectos de la promesa en

cuantos usaron de la agua santa. Vulgarizose el prodigio, comenzó á usarse generalmente de aquel maravilloso antidoto, y todos todos bendecian la mano benéfica que produjo tanto bien deseando al mismo tiempo los naturales conocer á la Zoapilzin (quiere decir Señora muger) que les habia proporcionado un tan portentoso y sobre natural específico.

Despues de estos primeros pasos, faltaba á nuestro felicisimo Juan Diego llenar el segun lo orden de la amabilissima Señora, que consistia en avisar á los Padres. No le fué capaz observar en el dia, no tanto por lo que pudo haber deteniendose en la vision, ni por lo largo del camino que apenas excederá de legua y media, quanto por el sobre abundante regocijo de que estaba poseido, y que no cabiendo en su pecho, trataba de difundirlo en todos y cada uno de sus parientes y aun de sus vecinos. Todos estos se le rodeaban, y cada cual á porfia solicitaba ser el primero en satisfacer su piadosa curiosidad; pero ¿qué mucho, si todos eran igualmente interesados en tan estupendo prodigio y aun cuando no les produjese ventajas, no podia menos aquel hecho que arrebatara la atencion y el pasmo de cuantos lo escuchaban?

El dia siguiente luego que asomó la aurora, marchó nuestro Juan para el convento á decir á sus padres Ministros Doctrineros, todo lo acontecido y con especialidad lo que expresamente ha-

bia mandádole la Santissima Señora, les hiciese saber de su parte. Habia notádose su falta la noche anterior en razon de su exactitud y puntualidad en todo género de servicios, no menos que de su recogimiento, y no dejó de suscitarse algun cuidado; que deseaban satisfacer los religiosos con su venida. ¿Pero cuál fue su admiracion y sorpresa, cuando llegado que fué Juan Diego, se imponen del maravilloso caso que habia motivado su detencion? Sin embargo disimulaban su pasmo, y luego se trata de entretenerlo en diversos ministerios, para despues de distraido, sugerarlo á nuevo interrogatorio, y observar la exactitud ó diferencia de sus disculpas, que no debian graduarse sino de una declaracion la mas interesante. Repitiose por segunda ocasion la diligencia de preguntarle el motivo de su falta. Aun no satisfechos los Padres se reservaron para otra tercera; mas al observar la conformidad exactissima con que se explicó siempre, confirieron entre sí y deliberaron maduramente [aunque sin que Juan lo entendiera por entonces) hacerse conducir por él mismo en la noche al lugar de la aparicion para solicitar la Sagrada Imágen segun el anuncio de la misma Señora su prototipo

Efectivamente, luego que creyeron estar ya recogido todo el vecindario llamaron al Neofito que les sirviese de guia; lo que él se dispone á practicar con la mayor firmeza; pero otro nuevo prodigio autoriza la esposicion de Juan Diego: déjase

observar ardiendo todo el bosquecillo en que debiera hallarse el tesoro anunciado, y por este motivo á todos los vecinos alerta y en ademán de ir á investigar aquel fenómeno, mas en estas circunstancias para qué sirven reservas ni temores en la invencion de un bien que se procura si él se anuncia por si mismo, como en accion de generalizarse? Admite la comunidad en su compañía á todo el pueblo, apresuran el paso cuanto pueden, llegan por fin y palpan por primer milagro, que *ardian los ocotes ó pinos sin consumirse ni marchitarse sus hojas*, llevada por la identidad de similitud su imaginacion, hasta la zarza de Horred, luego se pronostican unos sucesos los mas favorables ruidosos. Avanzanse sin temor alguno al fuego, registran uno por uno los palos, y al observar que el uno de ellos escedia á los demás, no menos en corpulencia que en sus brillos, todos se rodean de él; quiere alguno de ellos llamar en su alio de los ojos á sus manos, y advierte dichosamente que estaba hueco; llama la atencion de los demás, y se convienen en poner una seña con el objeto de no equivocarse, reservando el manobrar para el dia siguiente.

Amaneció el dia dichoso para nuestro suelo. El Prelado y su Comunidad salieron del convento con Juan Diego y muchos otros, sin olvidarse de llevar hachas para derribar el señalado ocote y otros, si fuese necesario, hasta dar con la presa de sus recomendables deseos. Cuando mas se

acercaban á la barranca y bosque, tanto mas aceleraban sus pasos, no de otra suerte, que los cuerpos graves aumentan su movimiento en proporcion que se apróximán á su centro. Con todo el tropel que inspira una pasion por mas que se termine á un objeto honesto y santo, acometen en el punto de su llegada al demarcado ocote.

Pero ¡oh prodigio de la Omnipotencia! ¡O dignaciones de un Dios, cuando se resuelve á hacer alarde de sus misericordias! ¡Asombrados cielos: confundidos, miserables mortales, venid, incrédulos ó filósofos iluminados, al genio de la naturaleza y olvidados de la gracia, venid y vereis, no ya Dendrófitas ó Zomerfitas, (5) no ya Larbas Crysálidas, Otras, Aurelias, (6) no ya otra cosa sino las obras de Dios portentosamente practicadas sobre la tierra para establecer la paz, la felicidad, el consuelo del género humano. No es una ficcion, no otra imágen vaga, no una mariposa la que aparece en el centro del ocote: es el verdadero retrato de la gran Madre de Dios, es María Santísima en su imágen, aparecida entre tantas maravillas, para que mas circunstanciadas sus piedades, ni los incrédulos pueden tener esta temeridad de negarlas, ni los piadosos cristianos la ingratitud de echarlas en olvido.

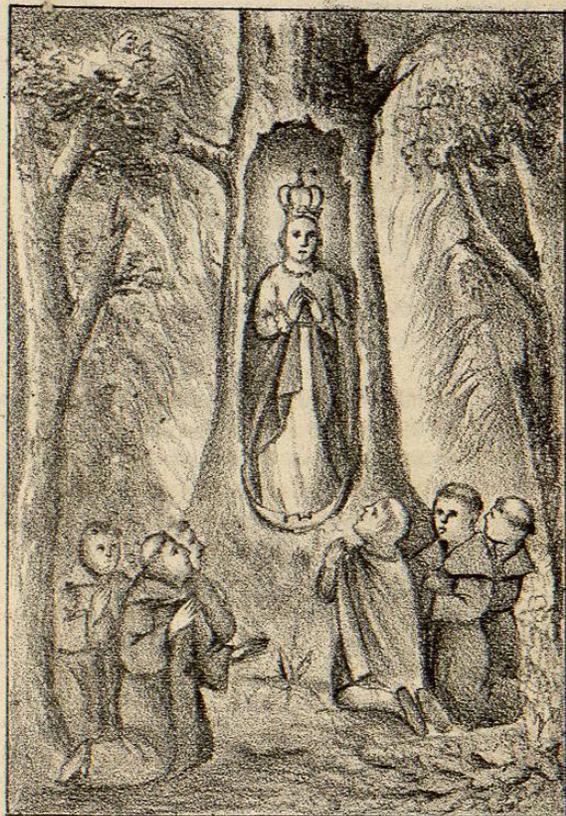
No pudieron dejar de conocer los concurrentes, y mucho menos los religiosos de Nuestro Seráfico Padre San Francisco, que la escultura pro-

digiosamente aparecida en el corazon del ocote, no era menos que María Santísima en el misterio prodigioso de su Concepcion Inmaculada, (blason glorioso de mi Serafica Religion) y asi arrodillados es como saludan à la Santísima Señora. Bien que ni puede ser desconocida à católico alguno al verla, ó al leer el detall de su estatura, representacion y vestido.

CAPITULO III.

Fisonomía admirable de la Santísima Virgen de Ocotlan.

Tiene la Soberana Imàgen de Ntra. Señora de Ocotlan de altura una vara y dos tercias, que repartida proporcionalmente adecua ocho partes y dos tercios, como por lo general están detalladas las niñas de doce à catorce años. El rostro que está dividido en sus tercios con exactitud manifiestan su perfeccion. Sus ojos son de color pardo con las pupilas negras; pero tan agraciado, que embelezan, y figuran estar fijos en la tierra que pisa. Las cejas arqueadas y delgadas. La nariz recta y enjuta la boca declina en chica, pero en extremo perfecta. Los labios delgados y rubicundos. Los carrillos llenos. El rostro aguileno de color de perla oriental, aunque sonrosado. El aspecto con gravedad de Reina, no sin la ternura de Madre. La cabeza inclinada, como en ademan de recibir súplicas, y.



por tanto, la garganta escornada, la que es cabalmente redonda. El cabello suelto, dividido en siete porciones, hondeado como torsales, y de color castaño. Las manos repartidas en sus tercios, y puestas en actitud de suplicar. Los dedos llenos como de niña. Las uñas delgadas y transparentes. Su túnica de color blanco, se descuelga de los hombros á los pies, cuyas plantas no descubre con igualdad por estar un poco levantada la rodilla derecha en airosa postura, y los cañones ó pliegues de dicha túnica, no se profundizan sino lo suficiente para representar ropaje exterior, que va á descansar en la peana, ó plinto. Las enaguas ajustadas en el puño van ampliándose en proporcion, que suben hasta los hombros. El manto cae desde estos igualmente, que la túnica por la parte posterior; pero por delante se figura graciosamente uno de los extremos prendido en el cingulo que le cinge, por la cintura, formando este un enlace en el medio interior, y colgando sus puntas como restos de la rosa ó ligadura que lo estrecha al cuerpo. El plinto ó peana en que está parada la imagen tiene de grosor cuatro dedos. Posteriormente le ha añadido el piadoso culto otro manto azul sobre el de talla, que callendo como es natural, desde los hombros, se amplia en proporcion que baja hasta quedar en su término, al modo de Nra. Señora de la Asuncion.